

La Rejervida y otros relatos: leyendas de un juguetero guanajuatense

En el municipio de Juventino Rosas, Guanajuato (México),¹ hay muchas historias y leyendas que se han transmitido de padres a hijos por tradición oral. Gumersindo España Olivares, mejor conocido como “Sshinda”, es uno de los depositarios de muchas de estas narraciones. Quien tiene la suerte de estar con él puede pasar horas y horas de amena plática, pues además de ser un excelente contador de relatos es artesano juguetero y posee un gran conocimiento de herbolaria y de la región geográfica que habita. En este texto se editan algunas historias y leyendas contadas por Sshinda.

Gumersindo España es hijo de Gabriel España Chavero y Blandina Olivares Muñiz. Fue el mayor de nueve hermanos y nació el 13 de enero de 1935. Desde pequeño tuvo que dejar la escuela para trabajar y así poder ayudar a la economía familiar; esto le permitió iniciarse en el conocimiento de la elaboración de juguetes y de las labores del campo. Su papá siempre se preocupó por enseñarle diversas actividades para que de grande no le faltara el trabajo y no sufriera por falta de dinero.

Las historias y leyendas de Santa Cruz de Juventino Rosas son una fuente importante de inspiración para la elaboración de sus juguetes.

¹“A fines del siglo XVII, el lugar en donde ahora se asienta la ciudad de Santa Cruz de Juventino Rosas, era un cerrado monte por el que pasaba el camino real que iba de Guanajuato a la capital del virreinato, constituyendo un terreno propicio para los asaltos en contra de los arrieros de acémilas que transportaban barras de plata y oro. Con el objeto de erradicar esa situación, el gobierno virreinal ordenó desmontar en el año de 1711, aproximadamente 5 kilómetros cuadrados de bosques para dar alojamiento a 35 familias de otomíes que fueron traídas a la fuerza del poblado de Cuenda, así dotó a cada familia de un solar, para que construyeran su casa-habitación y se les asignó el terreno desmontado restante para tierras comunales” (<http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/guanajuato/municipios/11035a.htm>).

Desde tiempos lejanos, esta población ha tenido la fama de ser un pueblo de brujos, brujas y curanderos; el mismo contexto sociohistórico ha rodeado al lugar de cierto misticismo, de gente curiosa que aún sigue buscando un brujo para “hacer un trabajo”, ya sea para hacer el bien o para hacer el mal. Todo esto ha fomentado que el municipio tenga una rica tradición oral de leyendas.

El abuelo de Sshinda – maestro de escuela y cronista local – gustaba de aprender y transmitir a su familia muchas de estas historias y leyendas, de ahí que Gumersindo España sepa muchos de estos relatos y se los transmita, a su vez, a su familia. Además de divulgarlos verbalmente, se ha preocupado por representarlos con los juguetes, de ahí que entre sus artesanías encontremos a la Llorona, chaneques, aparecidos, ánimas y un sinnúmero de temas confeccionados de acuerdo con su imaginación. Todos los textos que se presentan aquí fueron grabados en una entrevista realizada al juguetero el 9 de noviembre de 2006, en Santa Cruz de Juventino Rosas. De Sshinda podríamos decir muchas cosas más, pero considero que vale más conocerlo personalmente y escuchar de sus propias palabras las leyendas e historias que narra mientras elabora algún juguete.

GABRIEL MEDRANO DE LUNA
Universidad de Guanajuato

1. [Los naguales, las brujas y el tecolote]

Precisamente de lo que nosotros sabemos, a todos nos lo contaron, todos nos lo contaban, las personas mayores, porque nosotros pues éramos niños, pero nos reunían para no andar haciendo travesuras en la calle o jugando. Éramos una familia muy grande, muy enorme y entonces nos llamaban y decían: “Miren hay que creer en Dios porque cuando ya uno ya no cree, cuando uno ya no cree, la vida se va a acabar. Tenemos que tener creencia, tenemos que creer para poder sobrevivir”.

Entonces era cuando ellos platicaban: “Miren les vamos a platicar lo del nagual”.² El nagual es una persona que se hace pasar por animal y

² “Nagual. Entre los indígenas de origen azteca de la América, brujo, hechicero que cambia de forma por encantamiento” (Santamaría, s.v.).

por ser humano. El nagual cuando se transforma debe de ser en la noche y poder obtener comida y poder obtener algún dinero que él se roba de la gente. Entonces entre ellos se platicaban: “La noche de anteayer o la noche de ayer apareció el nagual en la casa de fulano y se llevó todo lo que había”. En el día nos decían: “Vamos, pa que por juera, vamos a ver la casa del nagual”. La casa del nagual hoy es la calle de Nezahualcóyotl. Ahí nos llevaban a ver la casa donde vivía el nagual, y entonces andaba el señor paseándose dentro de su casa; y al entrar a su casa lo que tenía era un colote o chunde,³ que se lo cargaba y allí era donde echaba las cosas cuando brincaba las cercas; entonces allí era donde se echaba las cosas, en la espalda y no callían a la tierra porque se las echaba en el colote.

Cuando él caminaba por las calles la gente lo seguía, pero nunca le daba alcance porque estaba poseído del demonio, así lo contaban ellos. Cosa rara que cuando lo estaban tratando de encorralar o de agarrarlo, el nagual se les volvía gato o se les volvía perro y de todos modos aullaba, aullaba y llegaba a su casa. El maullido que hacía era pa que otros le dieran auxilio, al momento llegaban señoras, llegaban señores a darles auxilio, pero eran de la misma raza, del mismo nagual. ¿Por qué? Porque en ese tiempo ya se hablaba de las brujas, los tecolotes y los naguales. Entonces al pueblo, pues era muy, muy conocido por toda la gente que vivía a los alrededores de los municipios. ¿Por qué? Porque todos decían: “Vamos a Santa Cruz, que allí es Santa Cruz de los brujos, ahí se encuentra el nagual, se encuentra el tecolote, se encuentra toda cosa que ustedes busquen para vengarse de fulano y de zutano, ahí se encuentra en Santa Cruz”.

Sí venían, los buscaban y sí los encontraban, pero en aquel tiempo las cosas eran diferentes. Cuando nosotros estábamos chicos nos daban a conocer dónde era donde iban ellos a reunirse y a hacer las peticiones para poder tener las facultades y desaparecerse, o volverse gatos o perros. Todavía hay muchos lugares que ellos frecuentaban, como es decir, aquí estábamos sobre el cerro y está un cementerio de las ánimas, está solo, no habita más que la soledad. Y allí era donde ellos iban a hacer sus pactos con el demonio, y los protegía el demonio en la soledad. To-

³ *chunde*: ‘canasto’. Del purépecha *xundi*.

avía existen esos lugares. Iban a buscar las capillas abandonadas, iban a buscar las partes solas en el cerro para poder hablarle al gran Gregor o al 666 milenario.

Todo esto nos platicaban. ¿Por qué? Para que nosotros tuviéramos conocimiento, para no burlarse de los más antiguos porque eran malos. Si se burlaba uno de una persona más antigua, de rato se vengaba. ¿Por qué? porque ya salía en forma de perro, en forma de gato y nos echaba a correr. Cuando nos echaba a correr era cuando ellos decían: “No, pos es la venganza del nagual, es la venganza del tecolote, es la venganza de la bruja”. En las noches cuando estábamos ya allí todos, ya con ellos ya reunidos, había muchos mezquites sobre las casas, entonces pasaban unas bolas de lumbre y llegaban a los mezquites y decían: “Miren allí está la bruja”. Nosotros, chiquillos, volteábamos a ver la bola de lumbre, pos sí, perfectamente, sí era una bola de lumbre, pero al rato se iban volando. ¿Por qué? Porque era la bruja. Entonces nosotros sí llegamos a ver muchas, pero muchas brujas, muchas brujas porque le estoy hablando de hace más de setenta años, y todo esto que estaba pasando aquí en este pueblo, entonces todo nos lo hacían verídico.

Cuando tenían tiempo nos decían: “Vamos pa que vean dónde hacen la reunión los naguales. Vamos pa que vean dónde hacen la reunión las brujas”. Entonces nos echaban en un burro y ellos se iban a traer leña, pero en ese momento nos enseñaban: “Miren, no se acerquen aquí, porque aquí es donde vienen los brujos a hacer sus peticiones, es donde vienen los brujos a hacer sus velaciones, es donde vienen los tecolotes y los naguales. Todo aquí hay tecolotes y hay naguales”. Nosotros luego queríamos creer y no queríamos creer, pero entre ellos sí nos hacían creer, porque llegábamos en la tarde de donde andábanos caminando con ellos, y en la noche llegaba un pájaro grandote en tipo de guajolote y se paraba ahí, y se paraba en la esquina del cuarto y decían: “Ahí ‘ta ya el tecolote, vamos a ver qué va a hacer”. Por ese pájaro se bajaba a los patios y hasta arrastraba las alas como si fuera un pavo real, una gallina grandota, y en la cocina que ocupaban ellos para hacer las tortillas y para poner su nixtamal o sus frijoles, amanecía excremento, pero montonazo de excremento, como si hubiera, como si hubiera allí habitado una res o una vaca. Así de ese tamaño estaba el excremento que había dejado el nagual. Hasta el momento no sabemos nosotros cómo le hacían ellos

para obtener tanto excremento y hacer esas maldades, lo llevarían de una parte a otra o ellos la producían, no sabemos.

Así es que la gente, cuando ya miraba que llegaba eso, se juntaban tres, cuatro personas de los mismos vecinos que estaban ahí y decían: “Vamos a agarrar al tecolote, vamos a agarrar al nagual, vamos a agarrar la bruja, porque ya se nos está echando encima”. Había señores que tenían riatas y tenían garrotes, o sea el cayao, porque ellos no tenían armas, nada más que conocían el terrón y el cayao.⁴ Entonces ellos se posesionaban a los lados de la casa donde llegaba el nagual, donde llegaba la bruja, y se hacían una seña que ya llegó, pos se tiraban a agarrarlo y luchaban contra ellos. Pero nosotros, chiquillos, nada más mirábamos el polvaderón, no había pavimento, no había empedrado en las calles, nada más mirábamos el polvaderón donde se estaban luchando la bruja, el nagual y los habitantes, o sea los vecinos de allí. Lo agarraban a la persona y allí la tenían amarrada; se la llevaban otro día que a la comandancia, así decían ellos, se la llevaban a la comandancia entre seis o siete personas; se la llevaban amarrada, nomás el gusto tenían de llevarla a presentarla y la metían allí; pos sería en la cárcel o sería en un cuarto que le llamaban las arrecogidas, allí las metían, pos de rato ya no había nada. ¿Por qué? ¿Por qué no las perseguía el gobierno? Porque él mismo le tenía miedo, porque se decía que si el gobierno o el polecía o el inspector de la polecía le hacía males o los cuereaba, los cuereaba sin razón, y estaban cuereando en ese tiempo a la bruja o al brujo en una parte, y otros brujos ya estaba haciéndole maldades en su casa del que estaban cuereando. Por eso nadie quería meterse con esas personas; esas personas, pues tenían bastante poder. ¿Por qué? Porque el poder que tenían no era de ellos, era del demonio.

2. [La casa del nagual]

Aquí está a la vuelta en la esquina, eh, ora es la calle que se llama Primo de Verdad y Nezahualcóyotl, allí es la esquina donde el nagual vivía. La gente le puso por nombre “La Esquina del Nagual” y le agregaron

⁴ *cayao*: ‘cayado’.

“La Esquina del Nagual de San Antonio”, porque a unos cuantos metros se encuentra el templo del Señor San Antonio de Padua; en aquel tiempo era San Antonio de la Pila. Y entonces este nagual allí vivía; y cuando vivía allí, él también trabajaba, pero cuando le hacían maldades era malo, aparecía de un momento a otro en la casa haciéndoles maldades, tirándoles hasta el nixtamal, los frijoles, todo les tiraba, les apagaba la lumbre. ¿Por qué? Porque el nagual se estaba vengando de lo que le decían. Ahora, cuando el nagual se vengaba, decía la gente que salía lumbre de su casa, porque se estaba vengando. Y eso sí lo vimos nosotros, que salía lumbre, pero la demás gente de mayor de edad decía: “Vamos a ver la casa del nagual, se está quemando”. Y no era cierto, no se quemaba, nada más que para darles a conocer que él tenía poder, encendía hasta el polvo que hacían los muchachos en la calle y les prendía lumbre. ¿Cómo era posible que prendiera la tierra si era polvadera? Pos ellos los hacía figurar que era la polvadera, que era lumbre lo que hacía en la polvadera, y lo miraba la gente como lumbre, pero era polvadera que hacía para ahuyentar a los muchachos traviosos o a la gente que lo estaba buscando al nagual.

Por eso al nagual le decían: “Ese hombre tiene el poder del demonio, no se acerquen con él”. Mucha gente que lo conoció decía: “Ahí viene el Juco”. Ese era otro. Entonces decía: “Ahí viene y va a ver a su compadre el nagual. No se acerquen a él porque hasta se enchina el cuerpo”. ¿Por qué se enchinaba el cuerpo? Porque los hombres siempre eran malos y tenían pacto con el demonio, así lo decía la gente. Entonces se dejaba ver, porque sí, en su casa tenían bastantes cosas que ellos arrimaban en la noche, pero también su casa nunca estaba abierta, la tenían cercada a los lados con bastos, bastantes ramas de espinas, para que nadie los visitara. La puerta de ellos era de rama y nadie se acercaba porque tenía perros, y decía la gente que los mismos perros eran los naguales que lo protegían a ese otro nagual. Por eso nadie se acercaba, en la noche mucho menos, en la noche menos. ¿Por qué? Porque el nagual se transformaba en burro, se transformaba en perro, se transformaba en coyote, o en lo que fuera, pero nunca, nunca, nunca corría porque lo hicieran correr. ¡No!, al contrario, se enfrentaba con la gente que lo buscaba. Entonces cuando la gente que lo buscaba, si le decían: “No se acerquen, porque es el nagual”. Entonces sí había muchos aquí.

Ahora, lo de las brujas, igual. Cuando pasaban las brujas nos tenían que recordar⁵ a nosotros, nuestra familia nos tenía que recordar para que viéranos que andaban brujas volando o andaba gente volando. Por eso les hago yo el comentario a muchas personas y a mi familia: las brujas no tienen alas, las brujas no traen escoba, las brujas no tienen gorrote que se ponen, las brujas no traen linterna. ¿Por qué? Porque nosotros las vimos y las hemos seguido viendo; las brujas, pues es gente, es gente normal. Hace poco vimos unas aquí en el cerro del Redumbao.⁶ Vimos dos muchachas pero bien bonitas allí paradas. ¿De dónde llegaron? Pos quién sabe. Dijo el señor, el que andaba con nosotros, dijo:

— ¿Pos de dónde llegaron esas muchachas si hay como unos veinte kilómetros a la redonda que no hay casas? Pos estas son las brujas.

De rato, cuando ya nos veníamos, andaban ya sobre una presa llena de agua y andaban allá sobre la presa, y digo:

— Miren, allá andan ya las brujas, ya se fueron.

Volteamos a buscarlas y ya no había nada. Pero todavía ha de haber brujas, todavía las hay aquí en el cerro.

3. [Doña Natalia la Rosa Morada, mejor conocida como la “Rejervida”]

Te voy a contar la de la Rejervida, Natalia la Rosa Morada, esa que se llevaron los demonios. Y esa sí es cierto: aquí todavía a la vuelta está un señor que asistió a ese velorio, fíjate, está un señor que asistió a ese velorio de esa señora y sí vido a los señores que llegaron. Síii, dice que él tenía apenas como trece años, dijo:

— Yo ya los vi que llegaron.

Entonces fíjese que esta señora primero era curandera, sobaba niños de empacho, de los pies y todo lo sobaba, les daba remedios para que se compusieran del estómago, y a gente grande. Entonces una vez de esas llega una señora que era bruja y le dijo:

⁵ *recordar*: ‘despertar’.

⁶ *Redumbao*: ‘Derrumbao’. Sshinda lo denomina de esta manera porque se cuenta que allí las brujas despeñaban a la gente.

—Sabes que un doctor no se puede curar solo.

—Sí.

—Y yo vengo a que me cures.

Y que le dijo:

—Pos cómo te voy a curar si tú sabes más que yo.

—No, vengo a que me cures. Mira, dijo, es que una comadre me enyerbó, y tengo hierba en el estómago; y a mí se me hace que me dio pinacate, porque cuando eructo huelo a pinacate.

Y la señora dijo:

—Bueno, pos a ver, si tú quieres, pos te hago un remedio.

Pero la señora no era bruja, ni era mágica. Entonces le dijo:

—Bueno pos sí, házmelo el remedio.

Pos ya le dio dos cucharadas de aceite, y empezó a gomitarse la señora y dijo:

—No, es que sabes, que ya estoy mejor, pero no traigo con qué pagarte. Te voy a dejar esta moneda que traigo y con esta moneda nada te va a faltar, dijo, porque yo lo que esperaba era morirme y como ya estoy buena, ora sí me voy a morir ya. Ten la moneda.

—No, dijo, no, no, no. Llévatela.

—Tenla, dijo, te va a hacer falta.

Entonces la señora, como no había donde guardar sus centavos, los metió debajo de la almohada; en la noche, cuando se durmió, metió debajo de la almohada su moneda y le dijo a su señor:

—Sabes qué, ora vino doña Chuy.

—¿A qué vino?

—Pos vino a que la curara.

—¿Y a poco la curaste?

—Sí.

—No, no la hubieras curado, dijo, ya ves que esa es bruja, dijo, y no la lleva con tus remedios, pos tú siempre jugando con tus remedios.

—Pos ya la curé, y dice que se va a morir.

—Ah caray, dijo. Bueno, déjala pues.

Dicen que en la noche se durmieron, y cuando estaban dormidos, tenían una puertita de tabla, cerraron su puerta y la atrancaron para dormir. Y que aparece un gato en sus patas de la señora, apareció un gato que ella recordó, porque hasta se oyó que sonó, que se, que rechinó

la cama donde ella estaba; y aparece el gato y cuando aparece el gato, entonces recuerda a su marido y le dice:

—Mira, ahí está un gato.

Y que lo vieron, y dijo:

—Nooo, pos si es tu comadre Chuy. Mírala, ahí 'ta, dijo. Dale su peso.

La señora, como lo tenía debajo de la almohada, agarró el peso y se lo aventó, y el gato le dolió. Y salió el gato y se fue, salió el gato y se fue maullando para arriba del tejado. Y luego cuando estaba arriba del tejado le decía:

—Natalia, Natalia, no me desprecies Natalia. Yo te doy el poder, yo te doy el poder, porque ya me voy a morir.

Pos ahí 'ta que de allí no se le olvidó a la señora lo que le decía. Y entonces le empezaron a llegar enfermos, pero ya de mal oficio, ya de brujería, hechicería; y la señora lo que le hacía era que cuando no podían caminar les cocía salvia y les cocía toloache, hojas de toloache se las cocía y les metía los pies al agua. Caminaban, pero ya era parte de la magia de ella que poseía, porque la bruja le había dejado el poder. Entonces ya no era de ella, sino que ya era el poder de la otra. Pos así duró, hizo mucha fortuna la señora cuando ya empezaron a saber que ella curaba de momento y que ella se atravesaba contra el demonio y luchaba contra los brujos y luchaba contra las brujas. Por eso tenía poder. Cuando ya llegó el momento que se murió, entonces que le dijo a su señor:

—¿Sabes qué, Carlos? Ya me voy a ir primero que tú.

—¿Cómo?

—Yo siento que me arrastra el demonio.

—Es el peso que tienes ahí, hombre, dijo. Vamos a tirarlo.

Lo agarraron, no había carros de la basura, sino que había un basurero enfrente de su casa. Lo juntaron y dijo:

—Aaah, vamos a tirar el peso.

Se lo llevaron y lo tiraron con la basura. No, al otro día ahí estaba el peso, y a otro día estaba el peso, y dijo:

—Aaah, este peso que tira, hombre, ¿qué no lo tirates?

—Sí, dijo.

—Ahí 'ta, ira, ahí 'ta, dijo.

Ahora sí le echó carnes a su comadre:

—No, madre, hija de quién sabe cuánto, que en qué me metites, mira nomás, dijo, este peso no se quiere ir.

Pos no se quiso ir, no se quiso ir. Entonces, cuando no se quiso ir, ¿cómo se iba? Áhi cuando estaba sola en su casa a las dos, tres de la tarde en su casa, llegaban y le tocaban y eran personas que ella no conocía, y que dice:

—¿Qué se le ofrecía?

—Vengo a platicar contigo, te va a venir un enfermo de esta parte y de esta parte, y dale esto y esto.

Pos era el demonio, que llegaba a avisarle que le iba a llegar. Y ya, entonces cuando ya se murió, dijeron: “Ya se murió la Rejervida”, porque se hizo prieta, se hizo negra, negra de la cara, de las manos, de los pies, por eso era la Rejervida. Le dijeron que era la Rejervida porque se había pasado de tueste en un horno, y que era la Rejervida de la Rosa Morada, así le decía la gente, pero se llamaba Natalia Hernández, la señora se llamaba Natalia Hernández.

Y entonces, cuando ya se murió, entonces le avisaron a la gente, principalmente a los que le ayudaban a trabajar.

—Pos sabes que ya se murió la patrona, hombre.

—¿Ya se murió?

—Sí.

—Pos hay que ir al velorio, órale.

Ya todos llegaron al velorio, barrieron, le pusieron sus velas. No había que ora la capilla ardiente. No, no, no, no, no, unos bancos y la cama; este, la caja arriba de los bancos y ya ahí ‘taban. Cae un aguacerazote en la noche, cae un aguacerazo, y que en la noche todos los que estaban en el velorio de lo que hacía ella misma, ¿vedá?, de los que curaba. Entonces dice que llegaron y tocaron en la puerta: toc, toc, toc... Una puerta de palo, llegaron y tocaron. Eran cuatro señores.

—Pásenle.

—Venemos al velorio.

Dicen que un brujo que llegó y la vido y se retiró y se sentó, y otro también la vido también y otro. Se sentaron alrededor de la caja, y los que estaban en el velorio atrás de ellos se quedaron viendo.

—No, estos no vienen ni mojaos y está el aguacerazo duro, ¿por qué no se mojarían?

Uno con otro se empezó a pasar y...

– Mira, dijo, están prietos, y... pero, pero sí son gentes, dijo.

– Mira cómo no, dijo.

– Hasta esos señores están buscando dónde tomar agua o qué les van a dar café.

Se paró una señora y les dijo:

– ¿Queren café?

Dijo:

– Ei.

Agarró la olla del café y la pusieron allí, no se la tomaron. Y cuando vieron, que con la luz de la vela metieron las patas pa abajo, así como he estado yo sentado aquí, metieron las patas pa abajo, ‘taban así con todas las patas infladas, y dijo:

– Ira, y vienen secos, dijo, y no traen zapatos, pero bien...

– ¡Ay cabrón, ‘ámonos!

Se empezó a salir la gente, y este señor que me platicó dice:

– Nos empezamos a salir, ¿vale?, yo jui el primero. ¡A la chingada!

Dijo, y como yo vivía bien cerquita jui y le dije a mi ma:

– Ma, dijo, ahí ‘ta el demonio.

– ¿Ónde?

– Ahí ‘ta en el velorio.

– ¡Ave María purísima!, dijo.

– Sí, dijo, ahí ‘tan, dijo, son cuatro.

– ¿Y qué traen, traen alas o qué?

– No, no, no, dijo, ni chaqueta tenían.

– ¿Entonces?

– Es que ya los vimos, porque llegaron, ya ves que está llueve y llueve.

– Sí.

– Pos ‘ta llueve y llueve y no están mojaos y abajo, dijo, ‘tan descalzos, ‘tan asinota, dijo, y infladas...

– Aaah, ya no vayas hijo, dijo.

– No, ya no voy.

– ¿Ya se salieron todos?

– Ya, ya nos salimos.

– Aaah, ¡ahí dejaron la muerta?

En la mañana, en la mañana que llegaron y que don Carlos, su esposo, se levanta y ve la caja, y no había nada.

— ¿Aah, pos qué estos se la llevarían? dijo.

Pero pensaban que los que estaban en el velorio se la sacaron y se la trajeron. Y ya les preguntó a todos:

— ¿Qué paso, dijo, con Natalia? No hay nada.

— ¿No hay nada?

— Nooo.

— A ver, vamos a ver...

Estaba la caja sola, caja de palo.

— No hay nada, dijo. Échale piedras, pos ya tápala, clávala.

Le echaron piedras, que diera el peso de la señora, le clavaron y todos con la tentación de que qué se haría el muerto, ¿verdad?, la muerta, ¿verdad? Pos corrió la voz hasta donde estaba el padre, hasta donde estaba el sacerdote, y que llega. Dijo:

— Abran la caja.

— No, padre, ¿pa qué la abrimos?

— ¿On 'ta la muerta?

— No, pos no hay nada.

— A ver, ábrela.

Puras piedras...

— ¿Quién echó las piedras?

— No, pos nosotros.

— ¿Y la muerta?

— No, pos no.

Ya les platicaron cómo fue, cómo llegaron esos hombres, cómo hicieron, qué hicieron. Nomás vieron y se asomaron y no hicieron nada. Que dijo:

— Ave María purísima, sabe esto qué será, ¡sabe qué será!

Y ya, ya las llevaron a sepultar, pero toda la gente iba callada, pero todos criticando que no llevaban la muerta, que llevan piedras. El gobierno cayó, desde el gobierno, y le sumaron⁷ la caja. Y el señor le dijeron:

— ¿On 'ta?

⁷ *sumaron*: 'exhumaron'.

– Pos sabe, dijo, si ustedes no saben yo tampoco, dijo. Estaba dormido.

– ¿Y entonces, dijo, pos la difunta on 'ta?

– Sabe on 'tará. Que quién se la llevó o qué, no vieron rastros de nada, de nada, de nada vimos rastros.

Entonces ya los vecinos fueron los que dijeron:

– No, pos dicen que llegaron cuatro señores de estas señas y estas otras, dijo, y se sentaron y allí estaban y cuando ya se salieron todos, dijo, también ellos se fueron, se desapareció la muerta, la difunta.

– Ah bueno.

A los cuantos días, como a los quince días que andaban regando las hierbas de su patio, de su huerta, andaban regando con un bambirete⁸ que daba vuelta, se atoraba el bote y se atoraba el bote.

– ¿Pos qué se atora?, a ver qué, qué será el que se atora.

Y que van viendo que andaba doña Natalia allí abajo en la noria. Fueron y le dijeron al marido:

– Allá está abajo.

– ¿Cómo?

– Sí, todos los cabellos están encima del agua, dijo, y el vestido, dijo, y anda abierta de manos.

– A ver, vamos a ver.

Llega y la ve y dice:

– Aaah sí. A ver, engánchenla.

Había ganchos pa sacar botes del pozo, lo metieron el gancho, se voltió, la voltearon boca arriba.

– Sí es, dijo. Pos ahora traigan al padre, ahora sí traigan al padre.

Llega el padre y dijo:

– ¿Qué pasó?

– Ahí está abajo.

⁸ *bambirete*: 'bimbalete'. El *bimbalete* se utiliza para subir agua desde un reservorio; consiste en una vara o palo largo balanceado en un soporte horizontal con un recipiente para agua en un extremo y un contrapeso en el otro. El contrapeso hace que se levante el recipiente con facilidad cuando está lleno de agua. (www.geocities.com/bimbaletes).

— ¿Quién la halló?

— Sabe...

Dijo:

— Esta jue obra del demonio, esta jue obra del demonio.

Pos la señora que poseía, ya fueron a enseñarle el peso, y que dijo el padre:

— A ver, tienten el peso.

Lo tentaron y ‘taba caliente el peso.

— ‘Ta caliente padre, ‘ta caliente.

— Sí, ei.

Lo tentó él.

— No, no, también, ‘ta caliente. Pos así como le dieron este peso, dijo, que hizo maldades, échenselo.

Ya llegó el gobierno.

— Pos allá anda abajo. ¿Quién de todos se arriesga a sacarla?

Pos nadien. ‘Tonces dijo él, que dijo el juez:

— Pos saben qué, dijo, ahí piédrenla, ahí mero.

Entonces que le empezaron a echar la cerca de piedra que estaba, le empezaron a echar y el agua iba sube y sube, sube y sube pa arriba, sube y sube pa arriba. Lo malo era que cuando le echaban piedras gorgoreaba, gorgoreaban las piedras y más piedras y más piedras, hasta que gorgoriaba. Y dijo el padre:

— Esto va a querer, dijo, que abandonen esta casa porque está maldita. Sí, dijo, sí, abandónenla porque aquí nadie puede vivir, es que hay un demonio adentro.

Fíjate. Y así se quedó doña Natalia la Rejervida, y allí la sepultaron, no la sepultaron en el panteón, allí está sepultada. Su casa está tirada, está maldita su casa y nadie quiere vivir allí. Se las prestan pa que vivan y nadie vive, fíjate, ni hierbas. Ahí está su casa de doña Natalia, sigue acá pa Rayón, ahí está su casa.

Sí, te digo, hay muchas cosas que, que pasaron aquí en el pueblo, pero muchos, muchas personas no quieren ni contarlo, ni hablar de ellas, pero pos qué, qué nos pasa, que no pasa nada.

4. El cuartito de la muerte

Asimismo pasaba el tiempo y contaban otras leyendas, que aquí en este pueblo una vez de tantas se aparece la muerte, se le aparece la muerte, y era el cuartito de la muerte. Entre la calle Independencia y calle de Guerrero, antiguamente era la calle de los Olivos y la calle de la Resurrección, allí platicaban ellos que venía una señora y una, una hija de la señora, venían de un poblado de acá de un lado de Comonfort. El rancho que de donde venían ellas se llamaba Neutla. Entonces venían buscando ellos refugio para que su hija diera a luz, porque se le aproximaba el parto. Entonces, como no había nadie quien le diera posada a la señora, se quedaron en la calle del torrente, hoy es Isabel la Católica. Ahí se permanecieron buen rato, y un señor que se dedicaba a pedir caridad en esa calle les dijo que qué era lo que esperaban. Y ellas dijeron que esperaban a ver quién las dejaba dormir, porque la hija de la señora venía ya muy enferma. Entonces él les dijo:

— Si quieren yo las llevo a mi casa, pero no tengo familia. Yo soy solo y allí vivo solo, pero sí pueden pasar la noche allí.

Bueno, entre plática y plática se fueron, se encaminaron a la calle del Torrente y a la calle de los Olivos y la Resurrección. Llegando allí, les dijo:

— Miren, si quieren ustedes cenar algo, no tengo más que duras, porque a mí no me da la gente cosa buena, me socorre con tortillas y las pongo a secar para cuando tenga hambre... tuesto las tostadas y me las como con sal y un trago de agua. Pero si ustedes quieren cenar, órale.

La señora le dijo:

— No podemos cenar porque estoy esperando la enfermedad de mi hija, y a ver qué sucede.

Pasan las horas y en la noche llega el parto de la señora. Y cuando llega el parto, muere la señora del parto y dejó abandonado al niño, que era un niño al que había traído. Entonces este señor le dijo:

— Como no hay donde sepultarla ni hay con qué velarla, pos vamos a sepultarla aquí en el solar.

Y la sepultaron allí dejando en el abandono a la mamá y al niño. Para el niño era la agüela, y entonces la agüela del niño lo abraza y lo recoge, lo asea, pero la cosa que no tenía pecho para darle de comer, única-

mente le daba agua de hierbabuena con un trapo, le hacía como un trapo porque no había ni, pos no había ni mamila ni nada de eso. Entonces le daban con un trapito en la boca el té de hierbabuena. Entonces el señor lloraba porque lloraba el niño de hambre y de frío. Ella no tenía más con qué cobijarlo que era con sus brazos y sus enaguas de barragán, con eso le servía de cobija y le servía de todo a la señora. Entonces el niño seguía llorando, pos tenía hambre, no alcanzaba a llenarse con el agua que le daban.

La señora empezó a gritar, empezó a llorar y a pedirle a Dios que la recogiera a ella y al niño.

— Señor, dijo, recógeme a mí y a mi criatura porque estamos sufriendo; él llora de hambre y llora de frío, y yo no tengo qué darle.

Así pasaron varios días con el niño y de un momento a otro, en una tarde, llega una señora y le pregunta:

— ¿Por qué lloras?

Y le dice:

— Porque no tengo qué darle de comer, ni qué cobijarlo. Mira cómo estoy sufriendo con el frío, y el niño llora de hambre.

Le dijo la señora:

— Pero ya no le pidas a Dios que te recoja, porque yo vengo a verte porque le pidas que te recoja. Todavía no es tiempo, deja que el niño crezca.

Pero la señora o la agüela del niño no sabía con quién estaba hablando, ni la mujer le dijo de momento quién era. Le dijo:

— Mira, mañana recoges al niño y te lo llevas por toda esta calle y más adelante vas a encontrar a un señor ahí paseándose. Y ese señor te va a indicar qué vas a hacer para darle de comer y pa que tú también comas.

Antes de que saliera el sol, como le indicó la señora, envolvió su criatura y se fue caminando por el camino real que conducía a la ciudad de Celaya; se fue caminando la señora. A los cuantos metros de caminar se encuentra un señor que se andaba paseando, un tipo de catrín, y le dice:

— Señora, ¿a dónde vas?

Y le dice:

— Pos me dijo una señora que un señor me iba ayudar para criar a mi criatura y para darme de comer.

— Yo soy, dijo. Vente, vamos.

Y se la llevó caminando y le dio cuarenta varas, en ese tiempo, pos no había metros, nos dice la historia que cuarenta varas le dio de fondo por veinte varas de ancho. Allí en ese, en ese solar que le dio, había nopales, había flores, había chiles. Y le dijo:

— Mira, con estas flores vas a sacarlas a vender y te vas a mantener con tu hijo hasta que crezca, pero ya no le pidas a Dios que te recoja, esto es pa que vivas.

La señora, de inmediato, tomó en consideración todo lo que le había dicho el señor y empezó a cortar manojos de flores y salió a venderlas. Y sí consiguió, tanto comida como algunos centavos que la gente le brindaba por las flores que le compraba. Bueno, pasó el tiempo y la señora con la ansia que le había dicho el señor:

— Te voy a dejar un papel para que nadie te corra.

El punto de reunión donde iba a estar la señora y el señor para recoger el papel era la iglesia. En la iglesia apenas estaban haciendo una pila grande para echar la agua bendita, y la señora llegaba todas las tardes allí a ver si miraba al señor para que le diera el papel del terreno que le había regalado. El sacerdote, cuando vio que tantos días llegaba la señora en las tardes, acudió a ella y le preguntó

— ¿Señora, pos a quién esperas?

— A un señor que me iba dejar aquí un papel, padre.

— ¿Y ese papel que decía?

— Pos ese papel era pa que no me corrieran del solar que me regaló.

— ¿A ti te regaló un solar?

— Sí, padre.

— ¿Y dónde está?

— Pos allí donde vivo, padre.

Entonces el padre dijo:

— Te quisiera decir y no te quisiera decir. El señor que dices tú, dijo, hace años que murió. Así es de que pos allí vive, nadie te corre, porque ese señor se apellidaba Mendieta y nadie te va a correr, porque ese señor tenía mucho terreno para regalar. Así que nadie te corre, sigue viviendo allí.

La señora siguió viviendo y el niño creció. Y cuando creció, una vez de tantas, se le presenta otra vez la señora que la vio y le dijo:

—Dentro de unos cuantos días voy a venirte a ver, porque Dios me dijo que te pusiera a prueba, y la prueba se te está llegando. Ya tu niño 'ta grande y viven bien, pero hay que tomar en cuenta que Dios también te está esperando.

La señora le comentó a su hijo:

—Hijo, va a venir la señora que nos dio este terreno y va a venir y va a llevarse una prueba de nosotros.

El muchacho dijo:

—Sí, cómo no.

Entonces la señora todavía no le revelaba quién era la señora, hasta que vuelve a llegar a los cuantos años; y el muchacho, ya grande, que estaba criando todas sus hierbas para vender los nopales y chiles, todo lo que él vendía en su huerto. Llega la señora y le dice:

—Ora sí ya vengo a verte, vengo a verte porque Dios me mandó a hacerte la prueba, a ver si estabas con él o ya te habías olvidado de él.

Y la señora la dijo:

—Lo que Dios quiera, aquí estoy.

La señora se le arrimó y le sacó los ojos. Entonces nos cuenta la leyenda que cuando le saca los ojos, el niño regresa y ve que a su mamá le estaban sacando los ojos, y el niño corrió y cuando ya regresó le dice:

—Ya no tengo ojos, hijo. La señora que vino, la que nos protegió, se llevó mis ojos, que dijo que la había mandado Dios.

—¿Pero no te dijo quién era?

—No, no me dijo quién era.

—Dice que va a volver a venir cuando Dios nos necesite, y ahora sí nos va a llevar a los dos.

El niño, ya más grande, dijo:

—Pos ¿cómo nos va a llevar a los dos? Cuando menos que se lleve a mi agüela, pero yo le corro si llega por mí.

Bueno, ahora sí, cuando llegó le dijo:

—¿Sabes quién soy yo?

—No.

—Yo soy la muerte que pedías a Dios y yo vengo a verte, yo soy la muerte.

Y entonces la señora le dijo:

—¿Cómo es posible que tú eres la muerte? Dame una demostración que tú eres la muerte.

Y luego le dijo:

—Tiéntame.

Y la tentó y le dijo:

—¿Verdad que no soy nada?

—No, no eres nada.

—Pos yo vengo por tí hoy mismo.

Entonces cuando vido que la estaba horcando, el niño vido que la estaba horcando a su abuela, él corrió; pero como acababa de regar su huerto, había agua tirada donde él corrió, y se resbaló y cayó en una piedra, y esa piedra se quebró su cabeza del niño. Y allí murieron los dos, murió la abuela y murió el niño.

De tanto tiempo que pasó, muchas personas que querían morir, se enfadaban de vivir, le llamaron el cuartito de la muerte. Toda persona que quería morir, tenía que dormir en ese cuartito y amanecía muerto. Toda persona que se enfadaba de vivir, que no tenía quién viera por ellos, se metía al cuartito y allí amanecía muerto. Por eso la leyenda se llama “El cuartito de la muerte”.

5. [El ahorcado]

Ese hombre se dedicaba a trabajar en el campo. Ese señor era malo, malísimo que era el señor. Ese señor, si no le daban mazorcas o no le daban fríjol, entonces ese hombre le salía en la noche o en el camino, y le salía y se aprovechaba de ellos porque los golpeaba. Y ese decían que poseía el demonio, pero no contaban con que una vez de tantas, una vez de tantas se reunieron todos los veladores de las milpas, principalmente a los de las haciendas, se reunieron y fueron con el padre, el párroco de aquí, y que sacaron un permiso para agarrar al ahorcado. En ese tiempo pos el hombre tenía vida, todavía no estaba ahorcado, hasta que ya lo agarraron fue cuando le dijeron: “Este es el que mata la gente, este hombre es el que se venga de todos”. Entonces el sacerdote llega y le dice:

—¿Por qué lo haces?

Y él dice:

— Yo no lo hago porque yo quiera, a mí me lo ordenan. Es que tengo que acabar⁹ otra partida de veinte muertos que tengo que mandarle a mi patrón.

El sacerdote le pregunta:

— ¿Quién es tu patrón?

El sacerdote se llamaba fray Gardiel León, y le pregunta:

— ¿Quién es tu patrón?

Dijo:

— El demonio.

— Ah, entonces por eso se los mandas a él.

— Sí, por eso se los mando a él, por eso los mato. Pero un día, dijo, ya voy a dejar de matar.

Entonces el sacerdote le dijo:

— ¿Cuándo se te llegará el tiempo?

— Ya no tardo, porque se va a llegar la hora.

Entonces el sacerdote le dice:

— Pues la hora se te está llegando.

— Sí, sí está llegando, pero usted no se acerque junto a mí, dijo, porque me lo llevo también.

Entonces el sacerdote pensó que no era cierto. Cuando el sacerdote se acercaba a él para bendecirlo, y que Dios lo perdonara, el hombre, de sus manos, sacó una garra y le lanzó garrazos al sacerdote. Y el sacerdote le dijo:

— Este hombre tiene poseído el demonio, y el demonio es su patrón.

Se lo entregó a las manos del gobierno y les dijo:

— Ustedes verán qué hacen; yo no puedo hacer nada con él, porque a mí no me ha hecho nada. Ustedes como autoridad a ver qué hacen.

Entonces el gobierno se lo entrega al pueblo, y el pueblo lo cuelga. Y entonces ahí termina la leyenda del ahorcado. ¿Por qué? Porque no nada más allí se acabó el nombre y se acabó la persona, pero siguió su espíritu espantando, el cual también se llevó muchos muertos. ¿Por qué? Porque era el espíritu del horcado, el horcado aparecía en muchos

⁹ *acabalar*: 'pagar una cuota'.

caminos reales colgado, pero decían que ya se cambió para acá o será otro; no, era el mismo, era el mismo ahorcado, porque ese horcado se llamaba Mariano y en los huaraches que él tenía, tenía también con brocas el nombre de Mariano. Entonces decían: “Es don Mariano, y es don Mariano”. Y así terminó la vida del horcado o la leyenda del horcado, allí en esa pregunta que le hicieron al sacerdote: ¿qué podía hacer con él? Y dijo el sacerdote:

— A mí no me ha hecho nada, entréguenselo al gobierno. Él sabe si lo presa o a ver qué hace con él.

La gente lo ahorcó y no lo prendió porque el sacerdote decía que si lo prendían el espíritu vagaría encendido. Mejor que el gobierno dijera lo que hiciera, y lo horcaron.

6. [La leyenda del mágico]

Eso sucedió a fines de 1700. En aquel tiempo llegaban húngaros aquí al pueblo. Donde está la central camionera era el lugar donde llegaban los húngaros, porque eran solares que no tenían dueño y allí llegaban los húngaros. Y cuando llegaban allí, duraban meses, meses duraban aquí. ¿Por qué? Porque en las tardes traían como circo: traían osos, traían leones, traían animales para que ellos los usaran como domadores. Entonces cuando ellos llegaron aquí se le acercaron muchos muchachos, muchos niños en aquel tiempo se les acercaron para que les hicieran mandados. Entonces ellos lo que hacían era que sacaban su pantomima a la calle, sacaban un oso y lo hacían bailar en las esquinas con un pandero. Todo esto nos lo platicaba mi abuelo. Entonces dice que llegaban los húngaros a las esquinas y tocaban el pandero, una guitarra, y el oso bailaba. Los niños, porque no había diversiones, se acercaban a los húngaros; y entonces, una vez de tantas, los húngaros ya se iban y su trabajo de ellos era hacer cazos de cobre. Entonces ya los húngaros ya se iban y ellos convidaron a los niños que si los acompañaban, y los niños dijeron: “Sí, sí nos vamos”. De todos esos niños que ellos convidaron, nada más uno se fue con los húngaros, pero el húngaro que se llevó a ese niño era diferente, porque ese húngaro era mágico, y la magia se la enseñó al niño que se llevó. Le dijo:

—Mira: para hacer centavos necesitamos nosotros hacer tonta a la gente, pero necesitamos nosotros que tú le comentes al demonio que tú vas a ser su esclavo de él, pero también todo no te va a faltar, nada te va a faltar. Pero sí, dijo, cuando te llegue la hora, te vas a ir con él.

Bueno, aquel muchacho dijo:

— Cuando llegue la hora, yo le corro, no hay nada, yo le corro. ¿Cuándo me alcanza?

Bueno, pos resulta que se jue y se perdió el muchacho. Y la mamá de él vivía entre la calle de Aldama y Morelos, allí vivía esa señora, esa era su casa, y echaba tortillas para ir a vender a la plaza en un taxcal,¹⁰ la señora vendía sus tortillas. Y le preguntaban de su niño, que si no había llegado.

— Ni razón tengo, dijo, se lo llevaron los húngaros, pero un día ha de venir.

La señora sabía muy bien que un día regresaría su hijo y la señora pos seguía viviendo de lo que ella conseguía vendiendo sus tortillas. A tanto tiempo que lo separó el húngaro de su mamá a ese muchacho, llega una vez, pero ya era grande y le dice:

— Madre, ¿todavía vives?

— Sí, todavía vivo. Pásate hijo.

Y ya se pasó el muchacho y le dijo:

— ¿Pos qué te habías hecho hijo?, dijo.

— Igual trabajo con los húngaros, entonces como trabajo con los húngaros, dijo, me enseñaron un trabajo para no trabajar yo. ¿Por qué? Porque dinero nada me falta; y de este dinero que nada me falta te voy a dar dinero pa que sigas viviendo y ya no echas tortillas, nada más que lo que pasa es que se va a llegar el momento, dijo, que me voy a morir.

Y le dijo la señora:

— ¿Por qué te vas a morir? ¿Quién te ha dicho eso que te vas a morir?

Y dijo:

— Es que se me está llegando un tiempo que me voy a morir.

¹⁰ "taxcal. (Probablemente del náhuatl *tlaxcalchiquihuitl*, de *tlaxcalli* 'tortilla de maíz' + *chiquihuitl* 'cesto, canasta, chiquihuite'.) Caja, cesto o huacal para guardar tortillas de maíz" (Gómez de Silva, s.v.).

La señora no tomó en consideración eso. Al siguiente día le preparó el almuerzo para que almorzara; y estaba almorzando, y cuando estaba almorzando le dijo el muchacho:

—Ahorita vengo, voy a la puerta.

La puerta no era como hoy que hay banquetas, eran de ramas. Entonces el muchacho salió de su cocina de la mamá y se paró en su puerta. Y cuando se paró en su puerta apareció un carruaje con seis caballos, seis machos desembocados, y se subieron a la banqueta, y el carro lo arrolló y lo hizo pedazos en la calle. Entonces esos caballos aparecieron de un momento a otro y desaparecieron, que dijeron ellos que habían corrido para la calle de Morelos. Y ahí va la mamá siguiendo a ver a quién seguía pa que le viera qué habían hecho sus caballos, habían matado a su hijo y lo habían despedazado. Entonces la mamá siguió corriendo y corriendo. Llegando a la orilla, pensó ella que eran caballos de la hacienda de San Nicolás y se dirigió a la hacienda de San Nicolás. Y jue y les dijo:

—Ya vieron lo que hicieron sus caballos.

—No, no hemos visto nada, aquí no tenemos caballos ni carros grandes; aquí hay chispas y carros medianos, pero no así como usted dice...

Al muchacho mágico que estaba ahí tirado, pero nadie sabía que era mágico, entonces allí lo vieron que estaba la cabeza por un lado, las manos y los pies por otro, y el estómago todavía tirando allí pedazos de sangre con carne.

Entonces el gobierno llega y levanta la pedacera de cuerpo humano y se lo entrega a la mamá.

—Tenga, vélelo o entiérrelo.

Y la mamá, como no tenía quién más la ayudara, entonces invitó a un carretonero que le ayudara a sepultarlo, que le ayudara a sepultar allá en el cementerio. Pero como era fosa común, el del carro, por ganarse los dos reales y medio que le completaron, entonces se lleva los pedazos de carne a sepultar. Cuando llega allá, los pedazos de carne cobran vida, dijo que cobraban vida. ¿Por qué? Porque llamaron al que lo jue sepultar y allí lo horcó, el mágico lo ahorcó. Entonces decían todos que el espíritu del mágico todavía vivía, porque se llevó al carretonero que lo iba sepultar; entonces decían que él tenía otra vida, porque la otra vida era del demonio. Y todas las tardes, cuando daban la oración con la campana mayor en el templo, nadie pasaba por esa calle que es Colón y Morelos.

¿Por qué no pasaban? Porque aparecía el cuerpo del mágico y aparecía tirado haciendo barbaridades allí y lamentándose la muerte. Se oyían los insultos, se oyían las maldiciones del mágico cuando estaba muriendo, cuando el carro lo despedazó, cuando los machos corrieron y nadie supo de donde salió ese carro, la única que sabía era la mamá del muchacho mágico. ¿Por qué? Porque ella fue la que reveló al sacerdote y reveló a las autoridades que su hijo dijo que ya se le llegaba el momento, porque tenía un pacto con el demonio por tener el poder de la magia. ¿Y quién le había dado el poder de la magia, quién lo había invitado? El húngaro, así es que el húngaro trabajaba con la magia y por eso hacía muchas cosas de magia en su circo. Y así terminó la vida del mágico.

7. [Don Ambrosio]

Nosotros tenemos muchas cosas que nuestros antepasados... oían una leyenda y ellos como artesanos utilizaban el barro, utilizaban el barro, y utilizaban la madera, el cartón y la tela. Miren, este parece, este parece ser un Quijote, pero este es un Quijote, porque así lo vemos, el caballo flaco, pero no es Quijote. Este es don Ambrosio, este es don Ambrosio, que también este señor Ambrosio se transportaba de aquí a Villagrán,¹¹ se alcanzaba a transportar en veinte minutos sin ir a caballo y sin ir en, en camión o tranvía.

Este hombre era otro de las leyendas de aquí de nuestro pueblo. Cuando la gente lo miraba, abordaba un macho o un caballo flaco, seco, pero nada más era la apariencia. Pero toda la gente decía que cuando montaba ese caballo, que es el que estamos viendo ahorita y que, y que va corriendo, entonces este hombre montaba su caballo y a los diez o quince minutos estaba en Villagrán, este se llamaba cartero que llevaba el correo a Villagrán. Entonces el caballo le nombraban ellos El Viento, porque cuando pasaba por los ranchos o pasaba por donde había gente nomás se sentía un airazo. Y decía: "Áhi va el cartero". Nadie lo miraba, nadie lo miraba cómo era, pero tenía pacto con el demonio.

¹¹ Ciudad localizada a una distancia aproximada de 14 kilómetros al sur del municipio de Juventino Rosas.

En su casa tuvo que correr a la esposa, tuvo que correr a sus hijos y a sus hijas, porque la parte que él veneraba, que era el demonio, nunca quería que viviera con más familia. En la hacienda de Comontoso donde él vivía, en la hacienda de Comontoso donde él vivía, siempre lo tenían separado de todos los peones y de todo. Nada más cuando lo necesitaban: "lleva este documento al ferrocarril o lleva este documento al tren", era cuando salía con su corral y cosa rara que se descalzaba, ese no usaba huaraches. ¿Por qué no usaba huaraches? Porque decía que le era más fácil llegar más rápido a donde él iba descalzo, que ni, que ni con huaraches. Entonces por eso le decían: "Hay que tenerle miedo a ese hombre, porque de un momento a otro está y, y sí, perfectamente". Se dice que del 1915 el hombre es... lo había dejado el tren, no había llegado de... a tiempo, no había llegado a tiempo para depositar la valija que llevaba. El tren ya había desaparecido, ya se había ido por la vía, pero cosa rara que cuando, que cuando él pensó que ya estaba allá, ahí está que ya se había ido, que ya lo había dejado el tren. De los documentos que llegaron, llegaron con una marca, que los papeles que le entregó estaban mochos y quemados de una orilla; fue cuando lo descubrieron. ¿Por qué los quemó? ¿Por qué se quemaron? ¿Por qué llegaron otra vez y si el tren ya lo había dejado? Y consultaron la misma fecha en que llegaron y dijeron quién los llevaría, y dijeron: "no, pos este hombre que hace veinte minutos a Villagrán, cómo le hace, sabe cómo le hará, correrá o se irá por el viento". Entonces fue cuando lo, lo entrevistaron y lo tantearon y vieron que el caballo volaba, no pisaba el suelo, y el caballo volaba. ¿Por qué volaba el caballo? Porque el caballo no era animal de la tierra, el caballo que él usaba era un demonio, por eso decían el caballo que él usaba 'ta poseído del demonio y por eso tenía su caballo. Y uno de los artesanos empezó a hacer la figura del caballo y lo hizo correr. ¿Por qué? Porque este caballo de los artesanos de aquel tiempo valía dos centavos, dos centavos valía el caballito, pero era a, era a copia del que usaba este señor.

8. [La Llorona]

Miren, vamos a platicarles ahora la leyenda de la Llorona... Se dice que la Llorona no era la leyenda de la Llorona de los aztecas, no, no, no, no, no...

Esta Llorona era de aquí, era de aquí de este pueblo. La Llorona aparecía desde la calle del Torrente hasta la mojonera de las cabras. ¿Por qué? Porque nos decía mi agüelo que la Llorona aparecía en las noches cuando llovía y que había truenos, entonces para espantar a la, a los vivientes de aquí del pueblo. Entonces lanzaba un llanto aquí en la esquina y a los cinco o seis minutos ya lanzaba un llanto. Entonces ellos decían: “Es la Llorona, no es nadien, es la Llorona, vamos a verla”. Entonces que ellos salían a verla; no es cierto que decían que en una cabeza de burro, en una cabeza de animal. ¿Por qué? Porque él desmentía que no era cierto, porque decían: “No se crean, al arrimarse ese fantasma a una persona pos se cae, no es cierto que la persona se les acerca, no, no es cierto, la Llorona nunca se le acerca a nadie”. ¿Por qué? Porque es una persona del demonio para espantar a la gente. Entonces en las casas ponían palmas benditas en una cruz, pero la Llorona no le importaba y seguía pasando por esas mismas calles.

Aquí le pusieron “La calle de la Llorona”, porque un sacerdote que estuvo aquí en la parroquia fue fray Edifonso Calderón, y cuando llegó aquí entonces le contaron que en la calle que hoy es Tres Guerras, ya le habían quitado la calle del Carmelo y la calle de la Llorona porque otro sacerdote antes le había puesto, el padre Francisco Arroyo le puso una Virgen del Carmen en la esquina que es hoy la calle de Isabel la Católica y la calle de Tres Guerras, ahí puso una ermita con unas velitas. ¿Para qué? Para que toda la gente le prendiera una vela a la imagen para ahuyentar a la Llorona. Pues la Llorona no respetaba eso, la Llorona, al contrario, seguía espantándolos más. ¿Por qué? Porque el mismo sacerdote decía que hacía reuniones, decía mi agüelo que los reunía a todos y les decía:

– Vamos a rezar para ahuyentar al demonio.

Pero entonces, mientras ya rezaban, no se les aparecía, pero nomás se retiraban todos y aparecía el llanto de la Llorona.

Ahora en esa calle le pusieron la calle del Carmelo, porque había las ermitas de la Virgen del Carmen, y luego entonces ya le cambiaron el nombre y le pusieron Tres Guerras. Y cuando ya le cambiaron el nombre aparecía de nuevo la Llorona. Todavía hay mucha gente aquí, arrieros que iban al campo a trabajar a las tres, cuatro de la mañana, le sacaban pasar por esa calle, porque en la calle estaba una señora llorando, estaba

un señor parado y también al mismo tiempo maullaba. Entonces decían: “Ya no pases por esa calle, porque ahí espanta la Llorona”. Y efectivamente, todavía hace pocos años un señor, o un muchacho que ahora es un señor, nos comentaba que él sí vido la Llorona, pero no cerquitas, la vido de una cuadra a otra; cuando él quiso correr, no corrió, no lo dejó correr, pero también no se le acercó. Este señor se llama Bernardo Ibarra y a todos les cuenta que él sí vido la Llorona. Dice:

—Yo sí vi la Llorona, porque tenía un enfermo en mi casa y yo iba a buscarle unas pastillas on ‘ta la botica de don Antonio, y cuando yo venía pasando, dijo, parece que me jalaron para voltear, y allí estaba el fantasma; cuando yo caminé, porque no corrí, dijo, cuando yo caminé, me soltó el llanto cerquita de mi cabeza. Yo así lo pensé, dijo, pero cuando voltié no es cierto, ‘taba lejos, como a dos cuabras estaba el fantasma. Entonces, dijo, sí es cierto que en esta calle todavía aparece la Llorona.

Las cabras también no eran animales, las cabras se aparecían. ¿Por qué se aparecían allí? Porque era la reunión de los brujos. Estaba esa mojonera pa’l lado de acá del arroyo con rumbo al rancho del Jaralillo, allí estaba; y toda la gente conocía la mojonera de las cabras, pero las cabras eran del demonio. Así es que todo el que quisiera ahí ver o platicar nunca los dejaba, porque las mismas cabras al aparecer, la gente tenía miedo y no se les acercaban. Era el camino real que va a México; esta calle de aquí es la que va a México, pero pasa por los ranchos de Valencia, San Juan de la Cruz y hasta llega hasta el Cerro del Zapote, y ya allí se va hasta que llega hasta Querétaro. Es el camino real que va a México, es el camino que usaba la Llorona.

Todavía hay muchas cosas que dejó la Llorona. Dejó la Llorona muchos señores que allí murieron, allí fueron y le pusieron una cruz. ¿Por qué? Porque murieron de espanto, los espantaba la Llorona y allí morían los señores o señoras. Eran caminantes, no andaban buscando a la Llorona, sino que eran caminantes que iban de una parte a otra; utilizaban el camino real, el fantasma les salía y tenían que morir, era corto de espíritu y morían. ¿Por qué? Porque los espantaba la Llorona.

Ahora pues ya con tanto camión y tanta gente, bicicletas y motocicletas, pues ya no hemos visto nosotros nada de fantasma. Pero gente antigua de ochenta, setenta años, todavía habla y se acuerda de la Llorona, de esta calle de la Llorona. [...]

Esta Llorona pos es el demonio, esta Llorona no era de los aztecas ni ahogaba a nadie. El que ahogaba a niños y a criaturas era el nagual, ese sí los ahogaba, los ahogaba. ¿Por qué? Porque ese hombre era venganza que le pagaban, le pagaban veinticuatro centavos, o sea dos reales para que matara a fulano, mataba a zutano, era la guerra sin cuartel. ¿A quién le echaban la culpa? A nadie, amanecían muertos, pos sí, ¿quién los mataría?, pos quién sabe. La gente empezaba a decir: “No, pos el nagual, el nagual”. Todavía en el 1945 aparecieron varias personas de los que eran veladores de los mapas. Se miraba que eran del nagual, porque a nosotros no nos dejaban verlos, porque tenían pelados los ojos, tenían abiertos los ojos y llenos de tierra. Entonces decían: “Esta fue obra del nagual”. ¿Por qué? Porque la obra del nagual así los dejaba, los dejaba abriendo los ojos. ¿Por qué? Porque tenían miedo y los ojos casi se querían salir de las órbitas por el espanto del nagual. Sabrá Dios cómo lo mirarían, qué sería lo que miraban o por qué les causaba la muerte. Eso si no lo supimos nosotros. ¿Por qué no lo supimos? Porque estábamos chicos y no nos querían enseñar lo que pasaba con la gente grande, por eso nunca vimos una cara de un difunto que haiga matado el nagual.

Bibliografía citada

GÓMEZ DE SILVA, Guido. *Diccionario breve de mexicanismos*. México: FCE, 1998.

SANTAMARÍA, Francisco J. *Diccionario de mejicanismos*. México: Porrúa, 1959.